

po la palabra de Jesucristo. *No temáis*, decía este divino Maestro, *á los que matan el cuerpo; sino á Dios, que puede precipitar el alma y el cuerpo eternamente en el abismo.* (1) He aquí la pena con que amenaza el Evangelio á los que no tuvieren la noble resolución de negarse á sí mismos, de mortificar sus pasiones, de seguir á Jesucristo. He aquí el último carácter de esta doctrina y un sello indeleble de su divinidad. Bien sabemos que la idea de otra vida estaba indicada en los Eliseos y en el Tártaro de los gentiles, y que el paganismo no fué de todo punto extraño á la idea de una eternidad: por que ya se sabe que el naufragio de los buenos principios no fué tan absoluto y universal, que no escapasen algunos restos bastantes á ocupar con provecho las nobles tareas y los preciosos afanes del talento antiguo. Pero tambien debemos confesar, que erau estas unas ideas vagas en la línea de lo abstracto; mostruosas, risibles y aun criminales en lo concreto; estériles en lo puramente especulativo; versátiles y desprestigiadas en lo práctico. En suma, no se tenía una idea exacta de la eternidad, no se conocia la bienaventuranza ni el verdadero infierno; ni ménos habia ocurrido á ningun legislador, á ningun sabio, hacer las asignaciones que Jesucristo hizo para la distribución de estos dos destinos tan opuestos. El orgullo habia despreciado los deleites, los tesoros, el poder, la gloria; pero nadie se habia santificado en las tribulaciones, ni conocido el precio de la miseria, del dolor, del abandono: nadie habia traslucido la humildad, ni ménos colocado en la nega-

(1) *Math. cap. X, v. 28.*

cion de sí mismo el fundamento de una eternidad venturosa. La eternidad del Evangelio es una cosa inseparable de los objetos á que se aplica; y por tanto ella basta por sí, para convencernos evidentemente sobre la mision divina de un personage que predica esta doctrina sublime. Queda pues demostrado que la doctrina del Evangelio prueba evidentemente la divinidad de Jesucristo; porque no puede ser solo hombre quien propone una doctrina sublime en sus misterios, una en su economía, universal en su inteligencia, santa en su moral y eterna en sus promesas.

PUNTO TERCERO.

Resurreccion de Jesucristo.

718 La resurreccion de Jesucristo se ha visto y con razon en la Iglesia, como el argumento mas incontestable de su divinidad, y como la prueba por excelencia del celestial origen de la santa religion que profesamos. Este solo hecho reúne en el mas alto punto los caracteres divinos del Mesías, y explica maravillosamente el grande enigma que durante su vida habia presentado el pasmoso conjunto de sus humillaciones y de su poder. Desde que Jesucristo sale triunfante del sepulcro, arrastra necesariamente toda la conviccion del género humano hácia las verdades que propone; fija la creencia y establece incontrastablemente en el mundo el imperio que habia profetizado hablando de los tormentos y la muerte que iba á padecer. Antes de su resurreccion habia dicho Jesucristo: „Cuando yo haya sido elevado sobre

la cruz, he de atraer hácia mí todas las cosas;" (1) y esta profecía, que pudo haber entónces producido en la razon humana los efectos de una paradoja, por que nada parecia mas extraño que fundar en la muerte de Jesucristo el principio de su reinado y todo el poder de su imperio, fué ya despues de su resurreccion un punto fácil de comprenderse; y nada pareció mas natural que la conquista del universo, verificada en consecuencia del suplicio de una persona que habia resuscitado al tercer dia de su muerte.

719. La resurreccion de Jesucristo por otra parte no es una verdad de racionio, una deducion metafísica, expuesta por esto solo al conflicto de las opiniones de los filósofos; sino una verdad que cuenta en su apoyo con la evidencia de hecho, y remueve con esto solo hasta los últimos embarazos que pudieran oponer á la creencia la incredulidad. Tampoco es un hecho insignificante por su naturaleza, sino de la primera importancia en el orden metafísico, en el orden físico y en el orden moral, ya se considere el fenómeno en sí mismo, ya en la persona que resuscita, ya en el pueblo preocupado fuertemente contra el verificativo de este anuncio que se le habia hecho con bastante anticipacion, ya por último en la multitud y carácter de las consecuencias que naturalmente debian esperarse de la resurreccion de la víctima. Méno puede decirse que sea un hecho oscuro, sino de la mas notoria publicidad, como veremos adelante, y bajo estos respectos, la resurreccion de Jesucristo es una prueba que reúne todos los títulos que pudieran

(1) Joann. Cap. 12, v. 32.

desearse para someter á la religion cristiana la razon de los siglos y la voluntad de todas las generaciones.

720. Innumerables son los argumentos que pudiéramos desenvolver aquí, aprovechando los ilustres trabajos de todos los apologistas del cristianismo; pero cediendo á la brevedad, que nos es tan necesaria, seguiremos en nuestra prueba la rápida exposicion de dos clases de testimonios, que concurren á demostrar la existencia incuestionable del hecho milagroso que nos ocupa. Estos testimonios son, en primer lugar, el de los enemigos de Jesucristo; en segundo, el de sus Apóstoles y discípulos.

PARRAFO PRIMERO.

Primer testimonio.

721. Miétras los discípulos de Jesucristo ungian el cuerpo de su Divino Maestro con cien libras de perfumes, los fariseos, los príncipes de los sacerdotes, trayendo á la memoria el anuncio de la resurreccion, se alarmaron sobre manera, é inspirados por su odio y por el vivo interes que habian mostrado siempre contra la mision de Jesucristo, hablaron á Pilátos en los términos siguientes: „Señor, nos acordamos que «ese seductor dijo, cuando vivia: Yo resucitaré al «tercero dia despues de mi muerte: tememos por lo «mismo que sus discípulos exhumen su cadáver en «la noche, para venir despues divulgando la especie «de su resurreccion. Dad pues vuestras órdenes para «que su sepulcro sea rigurosamente guardado durante «esos tres dias, con todo género de precauciones.— «Id, pues, les respondió Pilátos, ahí tenéis soldados;

«disponed libremente de todo, como mejor os parezca. Cuando ya lo tuvieron todo de su parte estos hombres encarnizados contra su víctima, la persiguen hasta su tumba. Contaban ellos con el poder, con los recursos, con el prestigio y con todo género de influencias; y aunque no se necesitaba de tanto en un orden puramente humano, para eludir cualquiera medida de los discípulos de Jesucristo, que en este mismo orden solo contaban con su pobreza, su debilidad y su affixion; tomaron sin embargo las precauciones mas exquisitas, las medidas mas diestras y mejor combinadas, como si hubiesen tenido que luchar contra todos los esfuerzos del talento, de la opulencia y del poder. Sellaron el sepulcro, lo rodearon de centinelas vigilantes con las mas estrechas prevenciones. ¿Y qué sucedió? Lo mismo que estaba profetizado. El hombre Dios sale glorioso de su sepulcro, sin hallar obstáculo de ningun género.

722. „¡Extraño embarazo! exclama un autor de «nuestros días; ¡dificultad extrema para los enemigos «de Jesucristo! ¿Qué recurso les queda? Si los cen- «tinelas hubiesen faltado á la vigilancia, habrian me- «recido ser castigados con la mayor severidad; y en «lugar de esto, se elige un partido, el mas á propó- «sito para confirmar y robustecer el grande hecho «que tanto empeño habian tomado en desvirtuar: «cohechan á los soldados con el fin de hacerlos de- «clarar que durante la noche, fuéron los discípulos «de Jesucristo y extrajeron de allí el cuerpo de su «Maestro.” (1)

(1) MERAULT. *Preuves abrégées de la reli- gion.* §. IV.

723. ¿Puede imaginarse una salida mas ridícula? ¿Puede aventurarse una suposicion mas improbable? Los Apóstoles se hallaban en la impotencia mas absoluta, no ya de formar el proyecto, sino aun de concebir siquiera la idea de sorprender la vigilancia y extraer del sepulcro el cuerpo de Jesucristo. O creian ellos su divinidad ó no la creian: si lo primero, ¿qué necesidad tenian de concebir un designio de todo punto superfluo, cuando Dios no necesitaba de sus débiles brazos, y cuando ya se les habia dicho que Jesucristo habia de resucitar? si lo segundo, ¿qué interes podia inspirarles la exhumacion de un cadáver, mudo pero elocuente testigo de la vanidad de sus esperanzas? Por lo demas, es ridículo y contradictorio el suponer, que unos hombres tan cobardes y débiles, que se dispersaron en la pasion, y que llevaron la pusilanimidad hasta el extremo de que el mas animoso de entre ellos quedó profundamente desconcertado á la simple voz de una criada, hubiesen adquirido despues de la muerte de Jesucristo el heroismo indispensable para desafiar la vigilancia armada de sus enemigos. Pero oigamos todavía al citado apologista.

724. „Se dice que estos soldados dormian. Pero «qué, ¿todos? ¿y ninguno estaba despierto?—Ninguno. «¿Y no pusieron siquiera un centinela?—Se descui- «daron de esta precaucion. Pero qué, ¿no pudieron «despertar ni con el ruido que necesariamente debian «haber hecho muchos hombres que marchaban en «multitud en el silencio de la noche?—No: estaban «durmiendo. ¡O extraño letargo! ¿Mas era fácil por «ventura despedazar sin ruido los sellos públicos, y «entrar en el sepulcro, despues de haber removido

«la enorme piedra que cerraba su entrada?—Los soldados dormían. ¡O sueño que nada ha podido perturbar!»

725. „Vuestra razon es la que duerme, dice San Agustín, judíos obstinados en vuestra ceguedad, vuestra razon es la que duerme, y no vuestros centinelas. «No hacéis con esto mas que llevar á su consumacion el mas penoso é insensato delirio. Nos proponéis testigos de un carácter bien extraño, testigos dormidos. «Pero si ellos dormían, ¿qué vieron entonces? ¿y si no vieron nada, ¿de qué son testigos?»

726. „Así pues, la iniquidad se ha engañado á sí misma, y caído en defecto la prudencia humana: estos ciegos enemigos de Jesucristo han caído en sus propias redes, suministrándonos, con las mismas precauciones que toman, nuevas armas para confundirlos con la mayor seguridad. El hecho de la resurreccion de Jesucristo ha tocado en un punto de evidencia, que ningun hecho histórico alcanzará jamas. En efecto, debe tenerse como demostrado un hecho, cuando el odio mas envenenado y la mas extremada malevolencia no pueden hallar otra autoridad, para negarlo, que la de testigos dormidos. Pasemos ahora á examinar la fuerza del segundo testimonio.

PARRAFO SEGUNDO.

Segundo Testimonio.

727. Al hablar de los testigos que presenciaron el hecho que nos ocupa, debemos comenzar advirtiendo, que desde luego llaman la atencion por su número. Así en el Evangelio de San Lúcas, como en

el libro de los Hechos Apostólicos, y en algunas epístolas de San Pablo, encontramos, que ademas de los Apóstoles, á quienes competía por la naturaleza de su mision dar un testimonio solemne, público y universal de la resurreccion gloriosa del Mesías, innumerables personas aseguraban el mismo hecho, en términos de que San Pablo en su epístola primera á los Corintios, asegura que existía entonces la mayor parte de quinientos hermanos que vieron juntos un dia á Jesucristo despues de su resurreccion. Veamos ahora los datos con que procedieron al testimonio del hecho, los términos en que lo dan y las circunstancias en que se hallaban; y estas reflexiones naturalmente convencerán á nuestros lectores de que no pueden imaginarse testigos mas bien caracterizados, y mas dignos por tanto de arrastrar el asenso universal en favor de los hechos que declaran.

728. *Datos con que proceden.* En primer lugar son testigos de vista; (1) en segundo lugar son testigos que le vieron con frecuencia y le trataron con familiaridad largo tiempo despues de resuscitado, (2) pues permanecieron con él por el espacio de cuarenta dias, (3) comieron y bebieron con él, (4) le vieron obrar muchas maravillas, recibieron sus órdenes para el gobierno y establecimiento de la Iglesia: (5) en

(1) *I Cor. cap. XV. vv. 5 y 6.*

(2) *Act. cap. I, vv. 21, 22, &c. I Joann. cap. 1 v. 1.*

(3) *Act. cap. 1 v. 3.*

(4) *Luc. cap. XXIV, 30, 41 y 42. Joann. cap. XXI, v. 5.*

(5) *Act. cap. I, v. 3, 4, 5, et seq.*

tercer lugar, son testigos que no creyendo á la primera vista, obtuvieron testimonios mui inmediatos, pruebas mui sensibles de la existencia real de la resurreccion de Jesucristo: (1) por último, le vieron subir al cielo, (2) y quedaron revestidos del poder que el mismo Jesucristo les habia prometido, al anunciarles que despues de su resurreccion les habia de mandar al Espíritu Santo. (3) Tales son los datos con que procedieron los Apóstoles para certificarse del hecho que atestiguaron. ¿Pueden apetecerse mejores? ¿Pueden imaginarse la mas mínima coyuntura de ilusion y fascinamiento? „No era posible, observa un escritor, que durante muchas semanas continuadas se «hubiera estado reproduciendo la presencia del mismo objeto; que los testigos hubiesen creído verle, «comer y beber en su compañía, y oírle explicar las santas Escrituras; censurarlos y hacerles «promesas, darles sus órdenes, y para colmo de todo, verle subir á los cielos; no era posible, digo, «que todo esto fuese un simple juego de imaginacion, ó «una ilusion de los sentidos cuando estaban despiertos, ó un delirio del sueño miétras dormian.” (4) Una suposicion de esta naturaleza es inadmisibile en todo buen criterio, y por tanto debemos concluir, á

(1) *Marc. cap. XVI, v. 14. Joann. cap. XX, vv. 24 y 29. Luc. cap. XXIV, v. 50.*

(2) *Act. cap. II, vv. 9, 10 y 11.*

(3) *Act. cap. II, vv. 1.º et seq.*

(4) DITTON. *La vérité de la religion chretienne, démontrée par la résurrection de Jésus-christ. Part. III, cap. IV, sect. III.*

vista de los datos con que procedieron los testigos, que estos no pudieron en manera alguna ser engañados. ¿Querrian engañar? La solucion de esta pregunta resulta naturalmente de las reflexiones que vamos á hacer.

729. *Términos en que dan su testimonio.* Hablan estos testigos á impulsos de un sentimiento extraño á todas las aspiraciones mundanas, á todos los designios de la comodidad y del placer, á todas las miras del interes y de la ambicion: Hablan, mas no como quien se abandona al inocente placer de comunicar sus noticias; sino como quien obedece al precepto de una autoridad irresistible y venerable: hablan para cumplir lo que se les tiene mandado: hablan exclusivamente para gloria de Dios, y á su presencia y en su nombre. (1) Aquí los vemos invocar este nombre augusto en apoyo de su sinceridad, esperar con esperanza firme su socorro y sus bendiciones; allí los vemos proponer la religion cristiana como la palabra y la voluntad del Altísimo, y decir con aquel tono de seguridad que solo puede ser dictado por la creencia y la inspiracion, que fuera de este culto no queda otro sendero para llegar á la posesion de la felicidad. (2) Allá por último, anunciarse con un aire grave y augusto, como los depositarios de un poder celestial, que hacian mui sensible con los milagros estupendos que practicaban. En estos términos dan su testimonio los Apóstoles y discípulos de Jesucristo. Pasad vuestra vista por la

(1) *Act. cap. IV, vv. 19, 20 24 y 36.*

(2) *Ib. v. 12.*

historia profana, subid al origen de esa certidumbre que ha logrado fijar la conviccion de todos los pueblos acerca de los acontecimientos mas notables del globo; y citadnos un solo testimonio revestido con este doble carácter de simplicidad y elevacion, de razon y de fe, de crítica y de religion, que distingue y eleva tanto sobre las otras cosas de su género á la narracion de los testigos evangélicos.

730. Pero ellos no satisfechos con asociar á la Divinidad é invocarla por un juramento continuo y el mas solemne que se conoce; extienden la autoridad de su testimonio hasta la razon del incrédulo, forzándola, digámoslo así, á ceder á un discurso concluyente, ántes de humillarse ante las sombras augustas de los misterios y los dogmas. Tres circunstancias concurren aquí, que con exclusion de la fe, fuerzan á la razon á sujetarse á la decision de una buena crítica. Tales son desde luego el lugar en que dan su testimonio y la prontitud con que lo rinden, el modo público y solemne con que informan al mundo de lo acontecido, y el carácter de virtud inmaculada que aleja de su conducta hasta la mas mínima sospecha.

731. „Cuando se trata de prodigios que se refieren á mui remotas naciones, ó á tiempo inmemorial, no faltan argumentos de duda; por que tampoco se facilitan las averiguaciones indispensables que deben fijar la certidumbre sobre la existencia de los hechos; pero aquí sucede otra cosa mui distinta. Dan su testimonio los Apóstoles en el mismo lugar que ha sido teatro del acontecimiento; y en vez de remitir á los judíos á otro lugar distante, los citan

á las puertas de esta misma ciudad en que viven, presentándoles á la misma Jerusalem, donde Jesus fué crucificado, como el mismo sitio en que hizo su resurreccion gloriosa. No es ménos de notarse la circunstancia del tiempo; por que léjos de reservar la publicacion de este grande suceso para cuando se hubiese debilitado y borrado casi la memoria de Jesucristo y la historia de su muerte, hablan cuando todo estaba reciente, cuando esto era, digámoslo así, el objeto exclusivo de las conversaciones diarias, y cuando todo el mundo tenia de su parte y á la mano, cuantos medios pudieran apetecerse para descubrir la impostura y confundir á los Apóstoles en el evento de que ellos se hubiesen producido con falsedad.”

732. ¡Y cuanto no aumenta el valor de este testimonio con las solemnidades que lo acompañan! „No es el secreto de una cabala, ni el murmurio sordo y misterioso de un partido, sino la manifestacion ilustre, pública y universal de un grande y notorio acontecimiento. Los Apóstoles levantan mui alto su voz para anunciar á Jesucristo resuscitado, andan por las calles y por las plazas públicas y eligen de propósito, para predicar *esta verdad desde las mayores alturas*, aquel tiempo en que Jerusalem se halla tan concurrida, que parece rebosar del inmenso gentío de todas las naciones que llenan su vasto recinto. La misma multitud contribuia no poco á mantener despierta la atencion pública. Los Apóstoles obran sin artificio, sin reserva: corren á las sinagogas, se presentan en el templo, y por todas partes anuncian la resurreccion de Jesucristo.” Con la misma seguridad hablan á las

masas que á los individuos, á los pueblos que á los reyes. ¡Con qué noble atrevimiento se explicaba San Pedro en presencia de los gefes del pueblo, de los Senadores de Israel! (1) Vanos eran los esfuerzos y el poder de los magnates para condenar al silencio la voz de los Apóstoles. *Debemos obedecer*, les decia Pedro, *á Dios ántes que á los hombres. El Dios de nuestros padres ha resucitado á Jesus, á quien vosotros hicisteis morir clavándole en un madero. Nosotros somos testigos de esto, y el Espíritu Santo que Dios ha comunicado á cuantos le obedecen, lo es tambien con nosotros.* (2) ¿Qué sintió, qué resolvió, en vista de esto la Gran Junta de los judíos? *Bramaron de rabia*, dice San Lucas, *y pusieron á discusion la muerte de los Apóstoles.* (3) „Sin duda, observa el autor citado, que no habia medio mas á propósito para impedirles hablar: ¿pero el suplicio no es una bella refutacion? Sin embargo, el concejo no llevó las cosas tan al extremo: se contentó con mandar azotar á los testigos de una verdad tan odiosa; al paso que á ellos, encantados con haber llenado de su doctrina á toda la ciudad de Jerusalem, (4) no lo estuvieron ménos por habérseles hallado dignos de sufrir oprobios por el nombre de Jesus.” (5) (*)

733. ¿Qué recurso podrá quedar al incrédulo pa-

(1) *Act. cap. IV, vv. 8 et 12.*

(2) *Ib. cap. V, vv. 29 et 32.*

(3) *Ib. cap. V, v. 33.*

(4) *Act. cap. V, v. 28.*

(5) *Ib. cap. V, v. 41.*

(*) *Obra citada. (Extracto.)*

ra librarse del poder de este testimonio? ¿Acaso la conducta de los testigos? Esta es puntualmente la que añade á su grande valor hasta los últimos quilates. El mas indiferente crítico no puede rehusar sin duda su admiracion á la probidad personal de unos hombres, cuya virtud jamas fué puesta en problema ni por sus mas odiosos enemigos; y cuya vida, para valernos de las expresiones de Eusebio de Cesarea, era sobre manera pura, y cuya alma estaba adornada de todas las virtudes. Grandes, encarnizados eran á la verdad, y por otra parte mui sagaces y fecundos, los enemigos de los Apóstoles: este es un hecho, que así la historia sagrada, como la profana, tienen puesto en el mas alto punto de claridad. ¿Qué medios no pondrian en práctica, para desacreditar una doctrina que por su misma naturaleza y sus consecuencias infalibles, debia desbaratar todos sus proyectos y arruinar absolutamente todas sus esperanzas? Sin embargo, en esta historia sangrienta de las persecuciones contra el cristianismo, lo primero que se nos anuncia es el pasmoso contraste de la inmensa vocería que se levanta para llenar de injurias y cubrir de ignominia á los Apóstoles, con el profundo silencio que guarda todo el mundo cuando se trata del carácter de ellos y de la conducta irreprochable de los que dan testimonio á la Divinidad del Mesías.

734. „Pero una prueba mui sorprendente del candor é integridad de los discípulos de Jesucristo, se descubre con admiracion, dice el autor citado, en el modo con que hablan de sí mismos, de sus colegas y de sus adversarios. Apenas se dan el menor

«elogio. El mas justo resentimiento no arranca de «sus labios, sino en los últimos extremos, expresio- «nes un poco fuertes, y vosotros los veis referir li- «bremente sin disfraz sus propias debilidades y las «de sus compañeros.... Ya se habrian guardado mui bien «unos impostores de hacer esta clase de confesiones «tan indiscretas con relacion á sí mismos, como inú- «tiles para la causa que defendian. Esta franqueza, «esta imparcialidad, esta fidelidad histórica, dan á co- «nocer una dulzura, una modestia, un amor de la ver- «dad que los hace personalmente estimables y que les «merece una plena confianza en todo lo que dicen.” (1)

735. Suprimid estas prendas del corazon, supri- mid el poder que en sí tiene la verdad: ¿qué otra cosa quedaba para prevenir la opinion en favor de los Apóstoles, y facilitarles, como sucedió, el buen éxito de sus trabajos en el establecimiento de la Iglesia? Ninguna ciertamente; por que su condicion, á la verdad, no podia ser ni mas baja, ni ménos preventiva. „Des- «tituidos de esas maneras cultas, de esas luces sabias «y filosóficas, de todos los socorros que presta el arte «de bien decir, los cuales realzan la importancia de «los hombres y añaden estimacion á sus discursos, «eran incapaces sin duda de imponer á nadie por es- «tos medios. Todo en ellos era de lo mas comun: «nacimiento, condicion, lenguaje.” (2)

736. Por lo demas, es mui digno de notarse, que nadie ha podido hasta ahora, ni podrá tampoco jamas, descubrir el menor interes temporal en el testimonio de los Apóstoles: porque, ¿qué podian esperar por

(1) DITTON. *Obra citada.* (2) *El mismo, ib,*

parte del mundo? ¿qué podian prometerse, sino mil consecuencias horribles, capaces de traer el descon- cierto y el terror á los corazones mas firmes? „Ima- ginaos, dice el repetido autor, una banda de gentes, pequeñas en todo lo que se refiere al talento, á la fortuna, al saber, á la elocuencia. Figuraos que vien- nen estos hombres clamando repentinamente, que Jesus, á quien se habia crucificado en Jerusalem, acababa de resucitar y de subir al cielo, donde Dios le habia coronado de gloria, sometiénolo todo bajo sus piés; que sobre el fundamento de esta noticia exigen de todos los hombres, bajo la pena de una eterna condenacion, la mas profunda sumision á su Maestro; que dicen á los judíos, con todo el tono de la creencia, que el objeto de su desprecio y de su odio debe ser el de su respeto y el de su amor; que se hallan en el ca- so de renunciar á la religion de sus mayores, en el caso de despojarse de todos sus privilegios distinti- vos, para formar un cuerpo con los gentiles; que pre- dican al mismo tiempo á estos, que toda la sabiduría de sus filósofos es una locura, que la simplicidad del Evangelio es preferible á tantas bellezas celebradas; que la antigua religion debia estimarse como una supersticion ridícula y sustituir á ella un Dios cruci- ficado, como el objeto exclusivo de su culto: repre- sentaos, digo, este sistema de religion, anunciado la primera vez en el mundo; y descubriréis fácilmente los efectos que debia producir.” (1)

737. Pero no nos detengamos aquí: cuando se trata de cambiar las opiniones en favor de un sistema cual-

(1) *Obra citada.*

quiera, ya religioso, ya político, es de todo punto indispensable llamar el corazón de las masas en pos de las ventajas que fecundan las esperanzas de mejorar la condición presente y futura de los pueblos. ¿Y cuál era en este punto la doctrina de los Apóstoles? lo mas extravagante y ridículo en la teoría, lo mas incómodo y repugnante en la práctica, si nos hemos de contener dentro de la esfera en que se hallan las luces de la razón y los intereses del tiempo: no prometen mas que aflicciones en la vida, y su máxima primera es, que no hai recompensa segura sino en la eternidad. No hai mas bienes que los del cielo: es preciso sacrificarlo todo á ellos; conexiones, sentimientos, placeres, comodidad, honores, riquezas &c.² &c.³: he aquí lo que prometen, he aquí lo que declaran, sin paliativo ni disfraz á toda la especie humana. „Es pues evidente, y de una evidencia demostrativa, «que los testigos de la resurrección no pudieron «proponerse como fin de su ministerio ninguno de «los motivos temporales.

738. A la vista de esta conducta, nos vemos en el caso de establecer, como una consecuencia infalible y evidente, que obraban por motivos espirituales y eternos, ó que obraban al capricho y sin designio. ¿A cuál de estos dos extremos hemos de sujetarnos? ¿Al segundo acaso? Seria esto incurrir en el mayor absurdo; por que se sabe en buena Metafísica, como un axioma, que nadie obra sin designio; y bajo este respecto, estamos en el caso de suponer alguno en los Apóstoles, viéndolos empeñados á todos en una obra estupenda por su magnitud, ardua por sus dificultades, expuesta por sus peligros; viéndolos trabajar in-

fatigablemente, hasta el extremo de sellar con su sangre su testimonio. Ahora bien: supuesto que no podian tener ningun designio temporal, tenian sin duda un designio eterno. Si tenian un designio eterno, no podian obrar contra la lei y contra la conciencia. La lei que ellos profesaban truena por donde quiera con amenazas eternas contra los impostores. *El falso testigo no quedará impune; el que profiere la mentira no escapará, sino que ha de perecer. Los falsos labios son objeto de abominación para el Eterno.* (1) He aquí las sentencias que encuentran en los libros que veneran. El Decálogo consigna uno de sus artículos á proscribir de la tierra el falso testimonio, *Jesucristo no vino sino á dar testimonio á la verdad,* y el Evangelio todo es una lei de espíritu y de verdad.

739. Siendo pues incompatible la impostura con la lei, la infracción de esta con las miras de los Apóstoles, y la inexistencia de estas miras con el carácter de sus trabajos, de su vida y de su muerte; nos vemos en el caso de concluir, que el testimonio de los Apóstoles es de todo punto verdadero, puesto que ni pudieron engañarse ni quisieron engañar. ¿Y habrian podido conseguir esto, aun en caso de pretenderlo? Para convencerse de este nuevo imposible, basta examinar ligeramente las circunstancias de los Apóstoles; tercer punto de vista, bajo que nos hemos propuesto considerar su testimonio.

740. Las circunstancias que rodean el testimonio de los Apóstoles son de tal naturaleza, que sin el apoyo de la verdad, les hubiera sido imposible ade-

(1) *Prov. cap. XIX y 6, 9, 22.*